

CONFLICTO Y DESCONFIANZA EN LA SANTA LIGA (1571): LA VISIÓN DE LOS LÍDERES HISPÁNICOS SOBRE SUS ALIADOS VENECIANOS

Conflict and distrust in the Holy League (1571): the vision of hispanic leaders about their venetian allies

VÍCTOR J. JURADO RIBA

Universitat de Barcelona

vjuradoriba@ub.edu

ORCID ID.: 0000-0002-8706-0123

RESUMEN

La batalla de Lepanto ha sido estudiada desde aproximaciones muy diversas. Se trata de uno de los principales hitos militares del siglo XVI, una batalla que enfrentó dos enemigos antagónicos con más de 200 galeras por bando. Sin embargo, la desconfianza y recelos dentro de la Santa Liga hicieron que su funcionamiento fuera muy difícil, con incertidumbres constantes entre españoles y venecianos. En este estudio se analizará uno de los bandos, a través de correspondencia y comunicación directa entre el rey y la alta dirección hispánica de la Liga.

Palabras clave: Lepanto, Felipe II, don Juan de Austria, Luis de Requesens, Sebastia-
no Venier, República de Venecia.

Fecha de recepción: 13 de noviembre de 2023

Fecha de admisión: 29 de diciembre de 2023

RESUM

La batalla de Lepant ha estat estudiada des d'aproximacions molt diverses. Es tracta d'un dels principals aconteixements militars del segle XVI, una batalla que va enfrontar dos enemics antagònics amb més de 200 galeres per bàndol. Tot i així, la desconfiança i recels dins la Santa Lliga van fer que el seu funcionament fos molt difícil, amb una incertesa constant entre espanyols i venecians. En aquest estudi s'analitzarà un dels dos bàndols, per mitjà de la correspondència i comunicació directa entre el rei i l'alta direcció hispànica de la Lliga.

Paraules clau: Lepant, Felip II, don Juan d'Àustria, Luis de Requesens, Sebastiano Venier, República de Venècia.

ABSTRACT

The battle of Lepanto has been studied from very different approaches. It is one of the main military milestones of the 16th century, a battle that faced two antagonistic enemies with more than 200 galleys on each side. However, mistrust within the Holy League made its operation very difficult, with constant uncertainty between Spaniards and Venetians. In this study, one of the sides will be analyzed, through correspondence and direct communication between the king and the senior Hispanic leadership of the League.

Key words: Lepanto, Philip II, don John of Austria, Luis de Requesens, Sebastiano Venier, Venetian Republic

VÍCTOR J. JURADO RIBA. Doctor en Historia Moderna por la Universidad de Barcelona (graduado en Historia y máster por la misma), realicé la tesis doctoral sobre la figura de Luis de Requesens (obteniendo el premio Notari Raimon Noguera, convocado anualmente por la Fundació Noguera). A esta línea de investigación, gracias a la ayuda de la asociación Antic Gremi de Revenedors, sumé la línea de investigación de Barcelona y su milicia urbana. Actualmente soy profesor en el área de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona.

1.-INTRODUCCIÓN

La batalla de Lepanto fue uno de los momentos clave en la historia moderna. Pero aunque la victoria de la Santa Liga frente a los otomanos frenó su expansión hacia el Mediterráneo occidental, los conflictos entre los componentes de la alianza cristiana fueron más que importantes. De entre todos ellos, destacan las desconfianzas, desaires y casi ruptura entre los dos principales miembros de dicha escuadra: la Monarquía Hispánica y la República de Venecia.

La repercusión de esta batalla a efectos hispánicos y europeos, militares y simbólicos, ha sido bien estudiada por la historiografía.¹ Es más, los ríos de tinta que han corrido respecto a la participación hispánica son una buena muestra de la importancia que se le ha querido dar a todo el movimiento generado a su alrededor. Sin embargo, hay un tipo de problemas que a pesar de haber sido citados superficial pero recurrentemente en las obras citadas, no ha recibido la atención monográfica que merece. Y es que a pesar del feliz resultado de la Santa Liga para los intereses cristianos, tan difícil fue su negociación como su mantenimiento.² Muy especialmente, debido a los enfrentamientos de baja intensidad desarrollados entre el liderazgo hispánico y veneciano, que miraban con desconfianza a aquellos con los que compartían objetivo a corto plazo, pero no intereses generales. Unos enfrentamientos que comentan algunas biografías de don Juan de Austria,³ pero no de Requesens.⁴

En estas páginas se ofrecerá la aproximación a la opinión que uno de estos bandos tenía del otro, especialmente a través de la correspondencia emitida por el más alto liderazgo de la flota hispánica: don Juan de Austria y Luis de Requesens. Será a través de estas expresiones de desconfianza que se puede llegar a entender el grado de fragilidad de una coalición que derrotó a la armada de Selim II. Es algo, de hecho, que la bibliografía (el propio Capponi titulaba el capítulo dedicado a su formación como “a League of mistrust”) ya se ha encargado de analizar,⁵ concretamente a partir de las difíciles negociaciones llevadas a cabo en Roma por los embajadores y representantes de todas las partes (para el caso hispánico, Juan de Zúñiga).⁶

Más concretamente en estas páginas, se mostrarán momentos donde se hizo patente el recelo entre las autoridades hispánicas respecto las venecianas (estando a punto de estallar en algunas ocasiones), aunque a través de la bibliografía veremos que la desconfianza

¹ Hess, 1972; Barbero, 2011; Rivero, 2008; García Hernán, García Hernán, 1999; Bicheno, 2005; Williams, 2015; Mallett, Hale, 1984: 233-241.

² La obra de Serrano (1918) resulta fundamental para entender su alcance.

³ Montero Hernando, 1994:136-137; Bennassar, 2004: 118.

⁴ Clopas, 1971; Xavier, 1984.

⁵ Sobre la fragilidad de la Liga y su proceso de formación, véase: Capponi, 2006: 154-178.

⁶ Sobre esta participación de los hermanos Requesens-Zúñiga en la negociación de forma monográfica, véase: Bunes Ibarra, 2023: 226-245.

era bidireccional.⁷ Se podría resumir, pues, en una alianza de circunstancias entre dos potencias que se miraban de reojo, empujados por la necesidad más que por la voluntad. Porque mientras que los venecianos veían sus posesiones en el Adriático amenazadas, sino atacadas abiertamente, y se perdía Chipre (cuyo socorro era el objetivo inicial de la Santa Liga, no debe olvidarse, conociendo el día 4 de octubre de la caída de Famagusta, último reducto resistente de la isla, y ejecución de sus defensores⁸), Felipe II había salvado in extremis Malta de caer en manos otomanas en 1565 y había tenido que hacer frente a la revuelta de los moriscos granadinos.⁹

Veremos en estas páginas la idea de los hispánicos respecto de los venecianos, especialmente a través de la documentación generada dentro de la propia Santa Liga y que como destinatario final tenía a Felipe II. Sin embargo, ésta sería una idea bastante generalizada. Para muestra, las palabras dedicadas por Alonso de Ercilla (contemporáneo de los hechos), en los versos dedicados a la batalla de Lepanto en su *Araucana*:

No penséis que nos venden muy costosa
los hados la vitoria deste día,
que lo más desa armada temerosa
es de la veneciana Señoría,
gente no ejercitada ni industriosa,
dada más al regalo y pulicía
y a las blandas delicias de su tierra
que al robusto ejercicio de la guerra.¹⁰

2.- ENTRE DON JUAN Y EL DUX: LA VISITA DE MIQUEL DE MONTCADA A VENECIA

La flota de galeras de España, junto con las de don Álvaro de Bazán, salieron de Barcelona el 18 de julio de 1571. Fue en medio de actos protocolarios por parte de las autoridades municipales barcelonesas, y no era para menos: el hijo de Carlos V y los príncipes de Hungría, que regresaban de la corte madrileña de Felipe II, se embarcaban en las galeras. Así lo recogía el Dietario de la Diputación del General: «entre sinc y sis hores après mixorn, anants lo major de dits sereníssims prínceps a mà dreita y dit senyor don Joan de Àustria a mà squerra, sols, en la primera filera. E après venien lo menor de dits serenís-

⁷ En este caso, destaca la monumental obra de Alessandro Barbero respecto la batalla de Lepanto.

⁸ Biblioteca Real Academia de la Historia (BRAH), ms. 2, caja 3, n. 39, s/f.

⁹ Una batalla de Lepanto dentro de una larga sucesión de enfrentamientos entre Monarquía Hispánica (y Portugal) e Imperio otomano que es Hess (1972) quien mejor contextualiza, de Túnez (1535) a Alcazarquivir (1578), y la posterior tregua.

¹⁰ Ercilla, 1977 : 393.

sims prínceps a mà dreta, y lo excel·lentíssimo senyor lloctinent y capità general en lo present Principat a mà esquerra, també sols en la segona filera».¹¹ Más allá de situar esta salida desde la capital catalana, podemos reseguir sin demasiadas dificultades el recorrido seguido por la costa del Principado hasta Génova gracias a las paradas realizadas para cargar de víveres las galeras que Luis de Requesens había tomado como propias gracias al poder que le daba su título de Lugarteniente General de Mar:¹² Palamós, Roses y Niza, llegando a Génova el día 26 de julio.¹³

Desde la capital ligur don Juan de Austria envió a Miquel de Montcada, cliente de Requesens pero en los círculos del hijo del Emperador desde la guerra de las Alpujarras, a Venecia en misión diplomática. Esta era una línea más en el servicio de Montcada, noble valenciano, encargado justo antes de levantar un tercio por tierras catalanas y valencianas¹⁴ —en cuyas filas serviría en la jornada de Lepanto un joven Miguel de Cervantes—, y cuyo trabajó le valió una carta de Felipe II reconociendo su servicio.¹⁵

El viaje, eso sí, fue fugaz: si el 18 de julio salían de Barcelona y el 26 del mismo mes llegaban a Génova,¹⁶ el 29 de julio ya informaba don Juan de Austria a su hermano, Felipe II, de la partida de dicho noble a Venecia.¹⁷ Viaje para el que Montcada recibiría una ayuda de costa de 500 escudos.¹⁸

Pero más allá del viaje en sí mismo, que no deja de ser una comunicación entre aliados en el momento de disponerse a unir fuerzas, lo que hace que sea especialmente interesante son las instrucciones entregadas por don Juan de Austria a Miquel de Montcada a su respecto.¹⁹ Lo primero que debía hacer el noble valenciano al llegar era informar al embajador hispánico en Venecia, Guzmán de Silva, de las condiciones de la salida desde Barcelona y de todas las tareas de gestión de infantería, artillería y pertrechos que se llevaban a cabo. Todo ello, además de informar de los pasos que estaba previsto seguir: viaje hacia Nápoles, donde seguirían embarcando la infantería que habría de ser el auténtico nervio de las escuadras. Además, los intercambios más protocolarios no faltarían: debían disculparse por la tardanza en la unificación de la flota ante el embajador, el Dux y el gobierno de la Serenísima en general, haciendo entender que Felipe II había puesto la maquinaria bélica de sus reinos a disposición de la Santa Liga desde que entendió que esta se había concluido. Pero más allá de todas estas explicaciones más o menos generales de movimientos, disculpas por tiempos perdidos y exposición de pasos a seguir, más interesantes resultan los dos últimos puntos para este estudio —y por los cuales se ha incluido

¹¹ Sans i Travé, 1994 : 357.

¹² AGS, EST, lib. 90, ff. 15r-26r.

¹³ 20 de julio hacen parada en Palamós; el 21, en Rosas; el 24, en Niza; y el 26 ya se documenta una compra de alimentos en Génova. ANC-Requesens, UC. 4540.

¹⁴ Jurado Riba, 2023: 117.

¹⁵ AGS, EST, leg. 1136, doc. 154.

¹⁶ ANC-Requesens, UC. 4540.

¹⁷ AGS, EST, leg. 1401, doc. 70.

¹⁸ AGS, EST, lib.98, s/p.

¹⁹ AGS, EST, leg. 1401, doc. 74.

este epígrafe en una aportación sobre desconfianza entre aliados en el seno de la Santa Liga—. En ellos se vislumbra la poca credibilidad que le daban a la palabra veneciana, así como el juego entre lo público y privado: mostrarse amables y complacientes con los aliados mientras descubren todo lo que pueden de las fuerzas que los venecianos reunirían en Messina. Veamos dichos puntos:

Haveys de yr muy advertido que vos ni ni[n]guna persona de los que con vos fueren, no habléis palabra reprehendiendo la tardança q[ue] los veneçianos han tenido en la Liga ni murmurando de su armada y soldados antes aprovando todas sus acciones, pues todo es lo que conviene.

Por otra parte, procuraréis de informaros del dicho embax[ad]or Guzmán de Silva y de quien más os paresçiere con destreza y recato, qué número de gente de guerra tienen los veneçianos, qué galeras, cómo están los ánimos de los cibdadinos inclinados a la paz con el Turco, qué forma de dineros tiene la Reppú[bli]ca para llevar la guerra adelante y de todas las demás cosas que os paresçerá que yo esté informado, y las encomendaréis a la memoria para me las poder referir a v[uest]ra tornada.²⁰

Esta misión, pues, estaría a medio camino entre la diplomacia y el espionaje, buscando también la manera de descubrir efectivos reales de los aliados y la predisposición a mantener la lucha contra la Sublime Puerta. Y tampoco debe sorprendernos demasiado: la República de Venecia aceptaba la alianza más por *necessità*,²¹ con unas negociaciones con el Turco ya fracasadas e incapaces de resistir las acometidas otomanas sobre la isla de Chipre. Veremos que la organización, infantería y voluntad de pelear no agradó en exceso a los líderes hispánicos.

3.- FORMACIÓN DE LA FLOTA Y RECOLOCACIÓN DE LA INFANTERÍA

Aunque fuera la República de Venecia la que más galeras aportara a la flota, 109,²² la visión hispánica de su implicación no mejoró. Las quejas de don Juan de Austria o Luis de Requesens, en condición de máximas autoridades de la flota hispánica, dirigidas muy especialmente a Felipe II son más que habituales.

Ya en Mesina, los reproches son constantes desde los primeros encuentros con los venecianos. La relación con el líder papal, Marco Antonio Colonna, tuvo sus problemas,²³ pero nada que ver con la virulencia de los enfrentamientos con el liderazgo veneciano, cuyo antagonismo con el hijastro de Carlos V era personificado por Sebastián Venier

²⁰ AGS, EST, leg. 1401, doc. 74.

²¹ Rivero Rodríguez, 2008: 129.

²² Barbero, 2011: 653-662.

²³ Véase: Bunes Ibarra, 2023: 235-241.

(quien llegaría a ser dux de la República al final de su vida, en 1577). Por carta del propio don Juan de Austria a su hermano, podemos entender cómo se sucedieron algunos de estos encuentros iniciales.

Reunidos, se analizaron las capacidades combativas de los aliados. No había demasiadas quejas sobre los romanos, que contaban con 12 galeras nutridas de 150 infantes cada una, pero no fue así con los venecianos. Con un modo de guerra que basaba las fuerzas de la flota en la infantería embarcada:

El general de venescianos fue contando las desgracias que avian subcedido à algunas galeras de las suyas, pero que en este puerto tenía 48 galeras en las cuales avia mil²⁴ soldados, tenía seis galeaças con çiento y çinquenta infantes cada una, dos naves sin gente de combatir y que de día en día speravan de Candía sesenta galeras de las cuales tenían aviso que les avia llegado la orden que les avian embiado para que viniesen à este puerto (...) que era bien verdad que las galeras de Candía no sabían si bernian con toda la gente de pelear que huviessen menester.²⁵

Tampoco acabaron ahí los desencuentros con los venecianos, ni tan siquiera en estos primeros encuentros: en estas primeras reuniones, el general veneciano dijo que no podía asistir sin su segundo al mando, Agostino Barbarigo. Hecho que sorprendió notablemente a los otros líderes y, como no serían menos, amplió el consejo general a diversos nombres más.²⁶

De hecho, ya destacan obras clásicas que Venier y don Juan tenían posiciones contrapuestas: más enfocada a la lucha directa el primero, más prudente el segundo. En definitiva, según los mandatos que seguían cada uno. Para los venecianos, una rápida victoria sobre Selim II podían implicar la salvación de Chipre, mientras que Felipe II tenía los ojos puestos en el norte de África como objetivos prioritarios, y por ello era prudente a la hora de arriesgarlo todo en una acción que, además, se alejaba de su área de influencia.²⁷

Pero regresemos a la infantería embarcada y la concepción que unos y otros tenían de lo que implicaba la fuera: el mando hispánico se mostraba abiertamente decepcionado por la calidad de las galeras venecianas y, sobre todo, la escasa presencia de gente de guerra en ellas. El segundo al mando de la flota hispánica, Luis de Requesens, decía al rey que «yo seguro a V. Md. que sus ochenta y un galeras son mejores que dozientas de las de veneçianos».²⁸ Exageración o no, esas son las noticias que llegaban a la Corte de Felipe II de parte de los hombres a los que había encomendado la dirección de sus flotas. Porque incluso más contundente era don Juan de Austria en sus quejas a Felipe II:

²⁴ La palabra “mil” está muy destacada, probablemente mostrando sorpresa por lo reducido del número.

²⁵ AGS, EST, leg. 1134, doc. 54.

²⁶ AGS, EST, leg. 1134, doc. 54.

²⁷ Molmenti, 1899: 88-90.

²⁸ AGS, EST, leg. 1135, doc. 29.

Lo que puedo dezir a V. Md. de lo que e entendido en estas pocas oras que à que llegué aquí es que las galeras de veneçianos, tanto las que se hallan en este Puerto como las que se aguardan, están tan mal en orden que para mí, no mejorándose, hago poco caso dellas porque demás de que según veo el principal fundamento que hazen para en caso que ayan de combatir es en el ayuda de la gente de remo por ser voluntaria y como ellos dizen, sus vassallos, afficionados y confidentes, los soldados que tienen son muy pocos y mal en orden y los que esperan por fuerça an de ser desta condiçion o de otra peor, por ser levantados con priessa y en lugares donde ya primero se avia hecho gente, y lo que es peor que según entiendo van a servir de muy mala gana y es de manera que los soldados que vienen en el armada de V. Md. en comparaçion destos otros vienen à paresçer muy escogidos y aventajados.²⁹

A pesar de lo expuesto, en la compleja situación en la que se encontraba la flota, disponiéndose a socorrer una isla de Chipre de la que sólo resistía —eso creían al menos— Famagusta, buscaron una solución. Ésta pasó por el traspaso de 4.000 soldados de la Monarquía Hispánica a las galeras veneciana, donde servirían a lo largo de la jornada que se disponían a acometer.³⁰ Concretamente, los embarcados en la galeras de Venier fueron 1.614 españoles y 2.489 italianos, todos ellos infantería pagada por Felipe II.³¹

Fue en esta línea que empezaron los ataques directos al general veneciano, Venier, pues sus ideas sobre la guerra influenciaban en lo que pretendían establecer los líderes hispánicos. En este sentido, las quejas llegadas a Felipe II sobre la actitud de sus aliados fueron notables. Don Juan de Austria ya se lamentaba de que «lo más que atienden con palabras al rreparo de sus neçesidades que con obras».³² Según el Capitán General, los venecianos, más dados a la diplomacia que a la acción directa, y continuando con un ataque directo a su líder: «pareçeles caso muy nuevo llevar una galera más que çien soldados, a lo menos al general, cuyos años son muchos y su fuerça poca para el cargo que trae, lo qual coçoçen tan bien los suyos que corridos le ban a la mano en hartas cosas».³³

Sin embargo, desde Roma llegaba también la información de la desconfianza veneciana. Es decir, aunque aquí se describa uno de los dos lados de la moneda, era bidireccional el recelo entre los coaligados. El cardenal Pacheco, en este sentido, describía el sentimiento de los enviados de la Serenísima República en Roma: «aunque ni el Papa ni veneçianos osan hablar abiertamente en esto, todavía están con gran sospecha que Vuestra Alteza trae tanta gente, naves y se preparan tantas municiones para la jornada de Túnez y Biser-ta, y con achaque que es tarde para yr a otra parte los ha de querer Vuestra Alteza tirar a esta parte».³⁴

²⁹ AGS, EST, leg. 1134, doc. 54.

³⁰ AGS, EST, leg. 1135, doc. 52.

³¹ AGS, EST, leg. 1135, doc. 61.

³² AGS, EST, leg. 1134, doc. 73.

³³ AGS, EST, leg. 1134, doc. 73.

³⁴ AGS, EST, leg. 1134, doc. 37.

Unas declaraciones que, por otro lado, sirven para demostrar la fragilidad de una alianza sellada por puro pragmatismo por todas las partes. Y aún iban más lejos, desde Roma no se dudaba en avisar a don Juan de los problemas que se podían derivar de proponer llevar a cabo campañas norteafricanas con la flota, siendo que los venecianos ya miraban con cierta desconfianza la Santa Liga y a sus coaligados.

Si Vuestra Alteza, mirando el gran gasto que se ha hecho y a la gloria del mundo que se le puede seguir, de reaquistar al Rey nuestro señor un Reyno, que tan principalmente y con tanto riesgo ganó su padre, quiere violentar a venecianos para que vayan a esta empresa o desanimallos para que en otra parte no se pueda hazer cosa buena o los dexa yr a su casa sin hazerse algún effecto, la Liga es deshecha.³⁵

Pero poco aviso necesitaba don Juan al respecto. Él era totalmente consciente de los recelos bilaterales presentes en la propia estructura de la Santa Liga y de que, concretamente, los recelos venecianos iban en la línea que marcaba Pacheco desde Roma: que Felipe II forzase una acción sobre Túnez o Biserta, usando los recursos de la Santa Liga para intereses particulares de la Monarquía Hispánica y no venecianos.³⁶ En este sentido, más diplomático de lo que lo encontraremos después, don Juan de Austria intentó tranquilizar al líder veneciano, asegurándole que no tenía otra orden de Felipe II que ayudar a los venecianos dada su enorme necesidad —Chipre estaba a punto de caer—. Es una dicotomía, la de forzar acciones en el norte de África o seguir con el plan inicial de socorro a Famagusta, de la que no escapaba ninguno de los líderes. Un ejemplo es Luis de Requesens, quien se lamentaba precisamente de esto cuando vio las galeras venecianas:

Harta lástima es que por ser estas tales [las galeras venecianas] no se puedan hazer los efectos que se desean, y que se impida el que felisissimamente pudiera hazer este año la armada de V. Md. en Túnez y Biserta de lo qual no se ha osado tratar por seguir la orden de V. Md. y por asegurar al papa y a venecianos que no se viene con designo particular sino al bien común de todos.³⁷

Los venecianos, pues, tampoco andaban tan desencaminados en sospechar sobre las verdaderas preocupaciones de la armada hispánica. Y es de pura lógica: a pesar de que los recursos fueran compartidos —los de la Santa Liga—, y se hubiera firmado para ir contra el imperio Otomano, los intereses más directos de cada coaligado no eran compartidos. Mientras que Venecia miraba a Chipre, la Monarquía Hispánica hacía lo propio con la costa norteafricana, la principal amenaza para ella.

³⁵ AGS, EST, leg. 1134, doc. 37.

³⁶ AGS, EST, leg. 1134, doc. 54.

³⁷ AGS, EST, leg. 1135, doc. 29.

Fue sólo con las tres flotas reunidas en Mesina que estos recelos se empezaron a desvanecer, sobre todo porque los venecianos vieron que, efectivamente, la decisión final de la Monarquía Hispánica era firme: ayudarían a los venecianos en su lucha contra el Turco. Las opciones de Túnez y Biserta no estaban ni sobre la mesa y el consejo decidió que, como mínimo, se procurarían retomar plazas venecianas del Adriático.³⁸ Una línea que se podía mover a medio camino entre el pragmatismo más directo y la lealtad para con sus aliados. Porque todo había sido puesto sobre la mesa y debidamente sopesado, también el coste simbólico y reputacional que tendría una retirada de la flota para Felipe II con el gasto ya hecho: «algunos de los ministros que Vuestra Majestad tiene acá discurren en que es retirada [la armada turca], y que en este caso perdería la de Vuestra Majestad mucha reputación si se volviese, con el gasto de dinero que a hecho sin otro efeto».³⁹

En medio de todos estos debates internos dentro del alto liderazgo de la Santa Liga, quizá el más explícito en sus cartas al rey sea Luis de Requesens, quien informaba de que se había tratado con papales y venecianos las acciones a realizar. A nivel personal, no dudaba en seguir considerando Túnez y Biserta como las mejores para los propios intereses hispánicos, pero dada la situación, no se llevaría a cabo en ningún caso sin orden expresa de Felipe II. Es por todo ello que, para evitar inacciones, consideraba que se debería «entrar en el golfo de Venecia y cobrar las plaças que el Turco este año ha tomado, y aun tentar si se podrá Durazo y la Velona».⁴⁰ Siempre pragmático, Requesens reconocía que aunque fueran unas empresas con un beneficio directo mucho más palpable para venecianos que para la propia Monarquía, sí repercutirían positivamente en la seguridad del reino de Nápoles.

Pero todo ello eran cábalas por si la flota otomana se había retirado de las costas de Chipre, algo que incluso don Juan de Austria ponía en duda a través de la explicación que algunos popes de la Liga le transmitían: «algunos también dicen que la Armada Turquesca no sabe huyr y que tan presto como entenderá que la de Vuestra Majestad entra en sus mares, saldrá a combatir con ella, y así saldremos desde aquí en la horden de batalla que ha parecido y esta observaremos hata que llegados a Tarento nos diga el tiempo lo que abemos de haze».⁴¹

Esos fueron los últimos pasos antes de emprender la búsqueda de la flota otomana, que se encontraba sometiendo la última defensa de Túnez. O eso creían, pues fue camino de la batalla de Lepanto que supieron el 4 de octubre que Famagusta había caído.⁴² No faltaron, cabe señalar, las voces contrarias a un enfrentamiento directo, dada la aparente inferioridad de los cristianos en un plausible choque directo. Estos eran los resultados de toda una mitología forjada a base de victorias turcas desde Preveza en 1538, con la única

³⁸ AGS, EST, leg. 1134, doc. 73.

³⁹ AGS, EST, leg. 1134, doc. 73.

⁴⁰ AGS, EST, leg. 1135, doc. 58.

⁴¹ AGS, EST, leg. 1134, doc. 73.

⁴² Biblioteca Real Academia de la Historia BRAH, ms. 2, caja 3, n. 39, s/f.

excepción destacable como victoria otomana del asedio de Malta de 1565. Porque como ya destacaba Braudel, aunque se refiriera a Lepanto con un contundente «mucho ruido, si se quiere, mucha gloria, para nada», sí que elucubraba sobre las catastróficas consecuencias que una hipotética derrota de la Santa Liga hubiera tenido para los reinos cristianos.⁴³ Puede que sobre este sentimiento de inferioridad sea el duque de Priego quien mejor la describiera: «La costumbre de ganar siempre los turcos con nosotros los tenía tan soberbios y confiados que en ningún estado podíamos estar peor que en el que antes que les diésemos la batalla, así por estar sujetos al daño que siempre hazían y avian de hazer a la Cristiandad como por ver que toda la fuerça que de ella se avia podido juntar no era parte para hazelles ningún daño».⁴⁴ A pesar de todo, y como ya destacaba también Parker en su exposición de los resultados de la Liga y Lepanto,⁴⁵ Chipre siguió en manos otomanas, y las campañas de 1573 y 1574 acabaron con resultados favorables a la Sublime Puerta a pesar de la destrucción de su flota en 1571.

Hay un buen ejemplo sobre los diversos temas tratados en este epígrafe: el aportado por don García de Toledo. Este noble, quien contaba con un extenso *cursum honorum* donde destacaban cargos como el de virrey de Cataluña o Sicilia, no estaba demasiado seguro de la conveniencia de presentar batalla a los otomanos. Y así se lo hacía saber a Luis de Requesens. Se trata de una carta del 1 de agosto de 1571 transcrita en el CODOIN, donde se analizan una buena serie de aspectos clave sobre el funcionamiento militar. Ya de entrada, se lamenta de la presencia de demasiados soldados nuevos, «faltando de la armada de S. M. ocho ó nueve mil soldados viejos que estan en Flandes, que eran el niervo de toda ella, de mala gana vendria yo sin ellos á las manos».⁴⁶ Tampoco pasaba por alto algo que, no por obvio, debe pasarse por alto: la armada otomana estaría dirigida por una única voz, mientras que la Santa Liga se arriesgaba siempre a la disparidad de criterios entre sus participantes. Algo que, de nuevo, inclinaba la balanza hacia los otomanos. Un argumento coronado, sabiendo los resultados de la batalla que cita, con un contundente: «los que se hallaron en la Prevesa, saben bien lo que esto importa».⁴⁷ Tampoco escaparon los venecianos de este repaso general a los problemas que se podría encontrar la Santa Liga ante el Turco, pues afirmaba García de Toledo que «tienen los turcos ganado el ánimo contra venecianos, y aun creo que contra nosotros no le tienen muy perdido, ni los nuestros muy ganado contra ellos; y creo que también nosotros sabemos ó creemos que venecianos serían mejores para consejeros que para secutores».⁴⁸ Una serie de argumentos que le llevaron a concluir, en esta carta dirigida a Luis de Requesens, que: «Estas y otras desventajas importantes conozco de nuestra parte, las cuales se podría igualar con

⁴³ Braudel, vol. 2, 2010 : 604-605.

⁴⁴ AGS, EST, leg. 1138, doc. 163.

⁴⁵ Parker, 2010: 546.

⁴⁶ Fernández Navarrete; Salvá; Sainz de Baranda, 1843: 8.

⁴⁷ Fernández Navarrete; Salvá; Sainz de Baranda, 1843: 8.

⁴⁸ Fernández Navarrete; Salvá; Sainz de Baranda, 1843: 9.

ser nosotros muy superiores en número de navíos al de los enemigos, y sin esto yo por mí confieso que, si no tuviese orden particular de S. M. de lo contrario, no me metería en parte donde forzado hubiese de aventurallo á una jornada».⁴⁹

4.- LOS SOLDADOS AJUSTICIADOS POR VENIER

Desconfianza cruzada y relaciones más que tensas entre los contingentes aliados en el momento de concretar la Santa Liga fueron la tónica habitual. Y no fue algo que descendiera a medida que se mantenía un contacto más estrecho entre los líderes.

Más allá de la desconfianza sobre la solvencia de los venecianos para mantener sus propias galeras y de la condición en que presentaban la infantería embarcada, hubo un momento que casi hizo estallar esta alianza. Fue la ejecución de soldados vasallos de Felipe II por parte de Sebastiano Venier. Porque como la fuerza de las galeras recaía en la infantería embarcada,⁵⁰ se habían metido en las naves de la Serenísima República algunas tropas vasallas de la Monarquía. Este hecho, ya ha sido narrado por algunos autores⁵¹ desde el punto de vista de los venecianos, usando la documentación de Venier, así que en estas páginas veremos la visión opuesta del conflicto.

Los 4000 soldados de infantería vasallos de Felipe II embarcados en las naves venecianas habían recibido órdenes específicas de buen comportamiento. No querían dar motivo a los venecianos para tener queja. El propio don Juan decía: «a las cabeças de los quales se les ha encargado mucho que vivan quietamente sin dar ocasión a los de las galeras».⁵² Pero no fue suficiente para evitar los problemas entre soldados extranjeros y dirigentes venecianos embarcados en las galeras de éstos, especialmente con Sebastiano Venier. Cuando el 2 de octubre se realizó una visita a todas las galeras, también la *Capitana* de Venecia, se desató una pelea entre el sobrecómitre de una galera y el capitán Muzio Alticozzi da Cortona. La riña fue a más, llegando a pelearse con espadas y arcabuces, así como negarse a seguir las órdenes de los líderes de la galera.⁵³ La respuesta de Venier a este encontronazo fue ejecutar a dos soldados, un cabo y un capitán de infantería vasallos de Felipe II (un romano, llamado Tortona),⁵⁴ provocando las iras de don Juan de Austria, que consideraba que le había usurpado la jurisdicción. El propio Momenti, en este sentido, decía de su biografiado: «certo l'atto del veniero fu un abuso di autorità, nè lo storico imparziale può far plauso a un capitano che troppo spesso si lasciava vincere da passione súbite e veementi. d'un uomo così ammirabile in complesso non si può pretendere che ogni cosa lo fosse ugualmente».⁵⁵

⁴⁹ Fernández Navarrete; Salvá; Sainz de Baranda, 1843: 9.

⁵⁰ Para una visión general de estos cuerpos y su estructura, véase: Olesa Muñido, vol. 2, 1968: 789-847; Pi Corrales, 2019.

⁵¹ Barbero, 2011: 548-556; Capponi, 2006: 237.

⁵² AGS, EST, leg. 1135, doc. 52.

⁵³ Barbero, 2011: 548-549.

⁵⁴ Sánchez, 1868: 170.

⁵⁵ Molmenti, 1899: 98-99.

Un hecho puntual que tuvo enorme importancia y a punto estuvo de provocar un estallido entre aliados. Porque cuando se mandó un juez y se encontraron los cuerpos colgando de la antena, se planteó la opción de enviar veinte galeras para rodear a Venier y tomar medidas drásticas contra él.⁵⁶

Los líderes hispánicos convencieron a don Juan de no tomar represalias mientras la Santa Liga no hubiera concluido con los objetivos para los que fue reunida. Una reacción directa contra Venier provocaría de forma inevitable la disolución de la Alianza. También importante fue la intervención de Barbarigo, otro de los líderes venecianos, de quien lamentaría profundamente la muerte durante la batalla de Lepanto, por hacer de mediador entre los dos contingentes, asumiendo el liderazgo veneciano en las reuniones por considerar que era mejor que Venier no se encontrara con don Juan.

Sobre este problema, elocuente es la explicación que dio Luis de Requesens a Felipe II en una carta de 9 de octubre de 1571, justo después de la batalla:

Antes que se diese esta batalla pensaba escribir a Vuestra Majestad una muy particular rrelación de çierta justicia que executó el general de veneçianos en un capitán y tres soldados italianos de los que vienen a sueldo de Vuestra Majestad [...] en gran perjuicio de la jurisdicción del señor don Juan y con gran desacato, el qual su Exa. disimuló por entonçes por no desbaratar la Liga ni dexar de ir a buscar los enemigos conforme propósito de hazer después una gran demostración y castigar al general con tanto rrigor como el caso rrequería.⁵⁷

Entre los líderes hispánicos e italianos se logró calmar los ánimos antes de la batalla, argumentando a don Juan que bastante castigo tenía Venier con haber sido retirado de las reuniones del consejo.⁵⁸ De este modo se logró que no pasara a mayores este enfrentamiento que podía haber acabado con la prematura disolución de la flota, aunque se produjo más por el pragmatismo que por la justicia. Dentro de estos consejos estaba también el gran nombre que falta por salir, Marcantonio Colonna, convocado por don Juan a título de vasallo de Felipe II por sus posesiones en Nápoles que como líder de la flota papal, quien se mostraba asimismo partidario de la prudencia en la gestión del problema: «che quello che gli occorreva, come capitano del Papa e insieme come servitore del Re, era il dissimulare intanto ogni ingiuria, e rimettere la dimostrazione rigorosa ad altro tempo».⁵⁹ Los motivos que exponía eran diversos: para negociar con los venecianos con menos problemas y porque el rigor en aquel momento debía encaminarse a otro enemigo. Además, todo sea dicho, de porque poco rigor se podría aplicar contra quien comandaba la mayor parte de la armada «senza combattere con lui e mandare in ruina la lega e tutta la Cristia-

⁵⁶ Barbero, 2011: 550.

⁵⁷ AGS, EST, leg. 1135, doc. 76.

⁵⁸ Barbero, 2011: 551.

⁵⁹ Guglielmotti, 1862: 200.

nità». ⁶⁰ Una intermediación que el Comendador Mayor no reconoció nunca a Colonna, en una enemistad particular que también se prolongó tras la batalla, especialmente con la pomposidad con que el general papal entró en Roma. ⁶¹

En este sentido, exponía el propio Requesens al monarca:

Pensava yo asimismo dar quenta a Vuestra Majestad de los pareceres que en esto hubo y de los particulares que pasaron, pero con la ocasión de esta vitoria nos pareció a los que en esta galera veníamos que aviendo visto pelear al lado della también a la general de venecianos, de suplicar al señor don Juan que antes que por su parte otros se lo suplicasen, ynviasse por el dicho general y le dixesse que le avía perdonado y le abraçase y que no se hablase más en lo passado, y su Excelencia.lo hizo assí, y paresçeme que ha sido el mejor fin que esta división podía tener para lo de adelante y conservación desta liga. ⁶²

Sin embargo, el problema no estaba para nada solucionado, aunque se pueda desprender eso de la carta que enviaba Requesens al rey. Por otra carta del 10 de octubre, esta vez de don Juan de Austria a su hermano, se ve que lejos estaban los ánimos de calmarse entre él y Venier. Esta misiva es, sin duda, reveladora para entender la visión del líder de la flota sobre el general veneciano, así como para ver lo cerca que estuvo de romperse la alianza incluso antes de la batalla.

Sobre esto, escribía el hijo de Carlos V a su hermano «entenderá Vuestra Majestad quanto pretendo haverle servido en no hazer cortar la cabeça al general de venecianos por tan gran desatino y maldad como cometió en hazer ahorcar los soldados». ⁶³ Aunque creyera que tendría que haber hecho ejemplar castigo, optó por la “disimulación” para que la Liga no se deshiciera. Tras la batalla, aparentemente, le había perdonado el exceso. Lo que no dudó don Juan en hacer fue escribir a Roma y Venecia para informar sobre el comportamiento de Venier y que «se provea aquí de otro hombre porque éste es cierto insensato». ⁶⁴ Por ello pedía a Felipe II que hiciera lo mismo con el embajador de Venecia y legado papal, procurando que estos estuvieran informados de los sucesos. Porque a pesar de que no se hubiera desencadenado una pugna frontal entre los dos máximos miembros de la alianza, la opinión que don Juan de Austria tenía sobre su aliado la mostraba sin ambigüedades en un añadido de su puño y letra:

No le e pasado con mayor trabajo en mi vida, porque de una parte era neçesarísima justicia exemplar y de otra no se dudava de rotura con más sangre. [...] La poca prudencia deste general es de manera y las ocasiones que cada día me da, tantas, quiriendo prender y castigar soldados de los de Vuestra Majestad sin dezirme nada que ya me doy por prevenido

⁶⁰ Guglielmotti, 1862: 200.

⁶¹ Bunes Ibarra, 2023: 237-238.

⁶² AGS, EST, leg. 1135, doc. 76.

⁶³ AGS, EST, leg. 1134, doc. 87.

⁶⁴ AGS, EST, leg. 1134, doc. 87.

de algún otro disparate como el pasado, demás desto emprende despachar fragats y galeras donde le parece sin otra horden que la de su fantasía, y así todas las suyas paran en semejantes desatinos que me dan mucho cuydado. Así, yo hago quanto pùedo por apartarle ocasiones y él más, según veo cada día, por caer en alguna que meresca castigarle.⁶⁵

Aunque los ánimos estaban encendidos, y sin haberse calmado en exceso tras la victoria cristiana, tampoco parecía que el general Sebastiano Venier apreciara demasiado el perdón velado que don Juan de Austria le había concedido. Al menos, por inacción. Sobre la actitud del veneciano, ante el problema incipiente del reparto de la presa (galeras, artillería y esclavos), decía Luis de Requesens el mismo 10 de octubre de 1571: «es un hombre perdido y sin juyçio y se le olvida presto la merced que el señor don Juan le hizo en perdonalle y da cada ora mill ocasiones de mucho fastidio, para lo qual haze harto daño ser ya muerto Agustín Barbarigo». ⁶⁶ Se percibe, pues, tanto por parte del capitán general como de su lugarteniente general un importante grado de hostilidad hacia Venier. Y mucho más ahora que Agostino Barbarigo, el veneciano que servía de puente, había muerto durante la batalla de un flechazo en el ojo.

5.- REPARTO DE LA PRESA TRAS LA BATALLA

Derrotada la flota otomana por la Santa Liga, se abrió un nuevo foco de conflicto entre los coaligados: el reparto de las capturas según lo estipulado en las capitulaciones.⁶⁷ Un momento en que la desconfianza descrita hasta el momento estalló de modo más evidente. La diferencia de criterios y ambiciones según lo que los miembros de cada nación creían justo hizo que hubiera encontronazos entre el liderazgo. Eso y la incapacidad práctica de averiguar el número real de galeras o prisioneros capturados. Sumado al desconcierto de una flota que sumaba unos 80.000 hombres y superaba las 200 galeras, se encontraba el que cada uno miraba por sus intereses. Es más, tres días después de la batalla, el 10 de octubre de 1571, aún no se había logrado conocer con detalle el número de naves capturadas:

Nunca se ha podido acabar de contar los navíos que se han tomado de enemigos porque están mezclados con los nuestros en este puerto, como en un bosque muy espeso de árboles, y yo he andado oy por él y cierto creo que son más de los que se dicen, porque no he visto galera desta armada que no tenga una de los enemigos por popa, y muchos a dos, y es gran cantidad de navíos los que se han hechado a fondo y quemado.⁶⁸

⁶⁵ AGS, EST, leg. 1134, doc. 87.

⁶⁶ AGS, EST, leg. 1135, doc. 85.

⁶⁷ Jurado Riba, 2023: 175.

⁶⁸ AGS, EST, leg. 1135, doc. 85.

Sin duda, fue entre los grandes contingentes de esta Liga, venecianos e hispánicos, que surgieron de nuevo los principales problemas. Decía Luis de Requesens sobre este aspecto que:

Ay grandísimas diferencias en esta armada sobre el saco que se ha hecho porque después de auida la vitoria ay muchos que han tobado a otro lo que ganaron, y de donde ay más queexas es de las galeras de veneçianos, y puede ser mal averiguar con ellos porque no quieren allanarse a la jurisdicion que el señor don Juan tiene en este caso.⁶⁹

Visión veneciana e hispánica enfrentadas, con sospechas cruzadas entre los teóricamente aliados. No faltan los ejemplos en este sentido, uno de los más claros, sobre los arráeces capturados, los cuales se debían entregar a la dirección de la Liga para ser enviados a Roma y que allí se decidiera su destino.⁷⁰ En este caso, y relacionado con la desconfianza comentada en el presente estudio, tenemos a un Luis de Requesens exponiendo algunas de las sospechas propias del bando hispánico: «los que destos quedaron con veneçianos o con personas particulares los rescatarán por su interés o si se conçertaren algún día con el Turco se los darán».⁷¹ Como es sabido, no iba demasiado desencaminado, pues en 1573 los venecianos negociaron con el imperio otomano una paz particular, poniendo fin a la Santa Liga. Sobre estos arráeces, la opinión del noble catalán era bastante más pragmática y contundente:

Sería yo de opinión que jamás se rescatasen y aunque para seguridad de [roto] se hechasen disimuladamente una noche en la mar, a otros les paresçe que esto sería demesiada crueldad y dar ocasión a que los turcos hagan lo mesmo con los esclavos nuestros que tienen y adelante tomasen, y a la verdad quando yo me acuerdo el daño que han hecho a la Cristianidad Dragut y otros particulares que fueron esclavos y se rescataron, no me puedo persuadir que vuelvan nunca estos a su tierra.⁷²

Entrando ya en el problemático reparto, se ordenó a todos los capitanes de galera que llevasen lista jurada de los esclavos que tuvieran en ella, con nombres y oficios, así como de la artillería, municiones y otros botines capturados. Todo bajo pena, en caso de ocultar ganancias (y ser descubiertos) de excomunión, perder lo ocultado y tener que pagar una cuarta parte de su valor. El reparto de estas multas sería un tercio para el hospital de la armada, un tercio para el denunciante y el tercio restante para el juez que lo firmase. Sobre los miles de esclavos cristianos liberados, serían entregados al príncipe del que fueran vasallos y, en caso de no serlo de ninguno de los de la Santa Liga, se les liberaría en el primer lugar donde fondeara la armada.

⁶⁹ AGS, EST, leg. 1135, doc. 85.

⁷⁰ Capponi, 2006 : 288-292.

⁷¹ AGS, EST, leg. 1135, doc. 87.

⁷² AGS, EST, leg. 1135, doc. 87.

Había algunas consideraciones previas respecto al reparto. Por ejemplo, que las galeras de Saboya se integrarían en la parte de los venecianos; las de la orden de San Juan, en el Papado y, las de Génova, en las de la Monarquía. Don Juan de Austria recibiría una décima parte de los esclavos capturados del general de la Liga. También se ordenaba que cada nave mantuviera los esclavos capturados hasta hacer el recuento, trasladándolos sólo después en caso de que fuera necesario.

Veamos el reparto de la presa⁷³ pactado en Santa Maura (Léucade) el 8 de octubre:⁷⁴

GALERAS	
Total capturadas	117 ⁷⁵
Capturadas por la Monarquía Hispánica	58
Capturadas por Venecia y el Papado	59
GALEOTAS Y FUSTAS	
Total capturadas 13	
Capturadas por la Monarquía Hispánica	8
Capturadas por Venecia y el Papado	5
ESCLAVOS	
Total capturados	3486 ⁷⁶
En las galeras de la Monarquía Hispánica	1685
En las galeras de Venecia y el Papa	1801
ARTILLERÍA	
Cañones	117
Pedreros	17
Piezas pequeñas	256 ⁷⁷

El documento que informa de este reparto asegura que «cada una de las partes se dio por contenta y entregada por la parte que conforme a la dicha partición le tocaban»,⁷⁸ pero no fue así. El principal foco de conflicto recayó en la parte particular de don Juan de Austria, que algunos de los aliados denunciaban. Sin embargo, en este aspecto reconocía

⁷³ Sobre lo que tocaría a cada uno de los aliados, las divisiones se hicieron de la siguiente manera: Monarquía Hispánica, 3/6 partes; República de Venecia, 2/3; Papado, el 1/6 restante.

⁷⁴ No se echaría a suertes hasta el 7 de noviembre en Mesina.

⁷⁵ De estas galeras capturadas, 12 serían entregadas a Don Juan de Austria, sacando la mitad de la Monarquía y la otra mitad del Papa y Venecia.

⁷⁶ De estos esclavos, 348 serían para Don Juan de Austria que de forma excepcional y contra la norma de sorteo impuesta en el resto de la flota, podría elegir de forma específica.

⁷⁷ AGS, EST, leg. 1139, doc. 144.

⁷⁸ AGS, EST, leg. 1139, doc. 144.

Requesens sobre los venecianos y el Papa que «por acabar con ellos y no descontentallos se hizo como se pudo y creo que fue agraviada la parte de Vuestra Majestad».⁷⁹ La décima de don Juan quedó depositada en Marcantonio Colonna hasta que el Papa, gran impulsor y árbitro de la alianza, decidiera el futuro de ese porcentaje.

El gran problema llegaba del momento en que se contaron los prisioneros y, con ello, la cantidad que debía recibir el líder de la flota. Desde mediados de octubre, cuando se había hecho el recuento mostrado en la tabla anterior, y el 8 de noviembre, cuando escribió Luis de Requesens a Felipe II, el número de esclavos había sido notablemente diezclado: «se han muerto gran cantidad de esclavos porque avia muchos heridos y enfermos, y como nadie sabía qual hera el suyo y las galeras venían muy embaraçadas, no se les ha hecho el tractamiento que conviniera».⁸⁰ Es decir, aunque en escasos 20 días muchos de los esclavos habían muerto,⁸¹ el número a entregar a don Juan se había marcado en 348 antes de dichas muertes. Un cambio que molestó notablemente a los venecianos.

Pero incluso dentro del bando hispánico hubo discrepancias. Gianandrea Doria pidió que también se repartieran la artillería y galeras, aunque no estuviera dentro de sus contratos de asiento. Fue él, además, uno de los que tomó como particular agravio la décima de don Juan sacada de las primeras relaciones, sin restarse la parte proporcional de los que murieron o se dieron a particulares. Una visión que llegaba a compartir el segundo al mando en la flota hispánica: «yo he sido de parecer que tenían estos cavalleros alguna justicia y que la décima no se avia de sacar sino desta última partiçión después de averse descontado los esclavos muertos y dados».⁸² El genovés, líder del cuerno derecho de la flota, tampoco dudó en quejarse de las relaciones que llegaron hasta Madrid⁸³ y de cómo se informaba de que fue ayudado por las del centro una vez éstas hubieron rendido las principales naves otomanas. Sobre este aspecto, el Comendador Mayor informaba de que él estaba a ochenta y cuatro galeras de la de Doria, pero no dudaba de su buen desempeño por haberlo hallado bien en orden cuando pasó ante su galera antes de la batalla, sin dudar tampoco en elogiarle.⁸⁴

Pero si algo indica lo cerca que veía Requesens el fin de la Liga incluso justo después de la batalla, es una carta que envía a Felipe II. La histórica victoria no sólo no había rebajado las tensiones entre los aliados, sino que las había acrecentado. Es por ello que procuraba insistir al rey de que presionara para sacar algún provecho para la Monarquía:

Por parte de Vuestra Majestad se puede temer que quizá la Liga no durará, ó por concertarse venecianos con el Turco ó por morirse el Papa o por otras muchas cosas que pueden suceder, y que conviene (antes que este caso susceda) que saque España y los otros reynos de

⁷⁹ AGS, EST, leg. 1135, doc. 104.

⁸⁰ AGS, EST, leg. 1135, doc. 104.

⁸¹ Ya destacaron los problemas sanitarios posteriores a Lepanto: García Hernán, García Hernán, 1999: 25-30.

⁸² AGS, EST, leg. 1135, doc. 104.

⁸³ La principal, la de Juan de Soto, secretario de Don Juan de Austria: BRAH, ms.2, caja. 3, n. 39.

⁸⁴ AGS, EST leg. 1135, doc. 105.

Vuestra Majestad fruto desta vitoria con que se gane Argel y las demás plaças de Bervería, las quales paresçe que el año que viene no puede el Turco tener armada para socorrellas, y que quiçá adelante se podría rehazer de manera que la tuviese.⁸⁵

Esta información no iba para nada desencaminada: Pío V murió en mayo de 1572; los venecianos firmaron la paz con los otomanos de forma unilateral en 1573, deshaciendo la Liga; y aunque son Juan tomó Túnez el mismo año 1573 con la flota hispánica, fue recuperada un año más tarde por la flota turca reconstruida.

Todo esto iría en la línea que marcaba Alessandro Barbero, quien compartía una carta de Colonna al Dux de Venecia y que evidencia el altísimo grado de hostilidad recíproca dentro de la alianza cristiana: «por verdadero milagro y gran bondad de Dios se pudo librar una batalla tal; y una vez concluida, por los beneficios y avaricia universal, fue el mismo milagro [lo que impidió] que libráramos una entre nosotros».⁸⁶

6.- CONCLUSIONES

La batalla de Lepanto es reconocida como uno de los grandes triunfos de la Europa cristiana sobre los otomanos, por no decir el máximo exponente de ellos. Y aunque su importancia ha sido matizada por muchos, empezando por Braudel,⁸⁷ no cabe duda de que marcó un cambio de tendencia dentro de los enfrentamientos directos entre otomanos y cristianos.

Sin embargo, debemos marcar como clave la propia alianza en sí misma, pues poco faltó para que se desintegrara por desavenencias entre sus propios coaligados. Aunque las Santas Ligas no fueran algo exclusivo de la campaña de Lepanto, sí debe verse en este encuentro la desconfianza sobre la que ésta se forjó.

En primer lugar, los objetivos que cada uno de los principales miembros tenía eran opuestos: mientras que los venecianos necesitaban de una acción decisiva y casi inminente en Chipre para procurar salvar sus últimas posesiones en la isla, Felipe II pretendía hacer uso de los recursos de la Liga en el norte de África. Argel nunca había sido conquistada y Túnez había sido recuperada por los otomanos, siendo plazas que amenazaban directamente las costas de sus reinos. Y a pesar de las insistencias de que se concentrasen en los asuntos del Mediterráneo oriental, los informes que recibía el rey iban encaminados a forzar la acción norteafricana. A pesar de ello, el Habsburgo favoreció la empresa aliada sobre Chipre.

⁸⁵ AGS, EST, leg. 1135, doc. 87.

⁸⁶ Barbero, 2011 : 625.

⁸⁷ Braudel, vol. 2, 2010: 604.

Además, la reacción contra las tropas de Felipe II embarcadas en las galeras de la Serenísima (con la ejecución de los soldados) nos demuestra el punto de reivindicación que Venier tenía respecto las intromisiones del rey en sus asuntos. Sin dejar lugar a dudas de que eran dos aliados de circunstancias mirándose con cierto recelo.

Es decir, los conflictos y desconfianzas dinamitaron la Liga desde su creación, así como los intereses particulares y la sospecha entre los aliados de que su contraparte no quería prestar un apoyo sincero a la causa común. Cosa que, hasta cierto punto, era así. Conociendo estos celos, también los de venecianos a hispánicos, no es de extrañar que dijera Colonna que fue un milagro que no estallara una guerra entre los aliados tras la victoria. Para el caso de Lepanto, tan importante es la batalla en sí misma como el acordar la formación y, sobre todo, mantener viva, la Santa Liga. De hecho, no se calmarían los ánimos entre los aliados, y el año siguiente se asistirá de nuevo a un problema. Estuvo sobre la mesa que cada coaligado mirara por sus intereses ese verano, y Felipe II pensaba en lanzar una ofensiva sobre Túnez. Finalmente, Don Juan decidió unirse a la flota aliada, pero ésta no esperó a sus galeras. La Santa Liga, sin las galeras de Don Juan, obtuvo una victoria menor en Cerigo, habiendo podido deshacer de nuevo la flota turca en caso de unir esfuerzos. Finalmente, la campaña terminó con el fracasado asedio de Modón.⁸⁸

Se puede concluir, por lo tanto, que la batalla de Lepanto estuvo marcada por unos celos presentes ya desde la formación de la Santa Liga y que la incontestable victoria sobre la gran amenaza del Mediterráneo no consiguió rebajar. Sólo durante el 7 de octubre de 1571, la Monarquía Hispánica y la República de Venecia hicieron una tregua en sus constantes y mutuas sospechas,⁸⁹ sólo por tener delante a las galeras del enemigo común.



⁸⁸ Rivero, 2008: 210.

⁸⁹ Para muestra, el famoso intento por parte del virrey de Nápoles y el embajador en Venecia de hacerse con el control de la República en 1618, véase: MacKenney, 2000: 185-2016.

BIBLIOGRAFÍA

- BARBERO, Alessandro, *Lepanto. La batalla de los tres imperios*, Pasado&Presente, Barcelona, 2011.
- BENASSAR, Bartolomé, *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.
- BICHENO, Hugh, *La batalla de Lepanto*, Ariel, Barcelona, 2005.
- BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2010.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel. “Los Requesens-Zúñiga en la diplomacia de Lepanto”. *Librosdelacorte*, 26, 2023, pp. 226-245.
- CAPPONI, Niccolò, *Victory of the West. The Great Christian-Muslim Clash at the Battle of Lepanto*, McMillan, Londres, 2006.
- CLOPAS, Isidro, *Luis de Requesens, el gran olvidado de Lepanto*, Ajuntament de Martorell, Martorell, 1971.
- ERCILLA, Alonso, *La Araucana*, Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1977.
- FERNÁNDEZ NAVARRETE, Martín; SALVÁ, Miguel; SAINZ DE BARANDA, Pedro, *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODAIN)*, vol. 3. Imprenta viuda de Calero, Madrid, 1843.
- GARCÍA HERNÁN, David; GARCÍA HERNÁN, Enrique, *Lepanto: el día después*, Actas, Madrid, 1999.
- GUGLIEMOTTI, P. Alberto, *Marcantonio Colonna alla battaglia di Lepanto*, Felice le Monnier, Florencia, 1862.
- HESS, Andrew C., “La batalla de Lepanto y su lugar en la historia del Mediterráneo”, en ELLIOTT, John H., *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 90-114.
- JURADO RIBA, Víctor J., *Clientelisme, milícia i govern. Lluís de Requesens i la noblesa catalana al servei de Felip II (1568-1576)*, Fundació Noguera, Barcelona, 2023.
- MACKENNEY, Richard, “A Plot Discover’d?” Myth, Legend, and the “Spanish” Conspiracy against Venice in 1618”, en JEFFRIES MARTIN, John; ROMANO, Dennis, *Venice reconsidered: the history and civilization of an Italian city-state, 1297-1797*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000, pp. 185-216.
- MALLETT, Michael E.; HALE, John R., *The Military Organisation of a Renaissance State. Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.
- MOLMENTI, Pompeo, *Sebastiano Veniero e la battaglia di Lepanto*, G. Barbèra. Editor, Florencia, 1899.
- MONTERO HERNÁNDO, Manuel, *Juan de Austria*, Sílex, Madrid, 1994.
- OLESA MUÑIDO, Francisco Felipe, *La organización naval de los estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII*, Editorial Naval, Madrid, 1968.
- PI CORRALES, Magdalena de Pazzis, *Los tercios del mar*, La esfera de los libros, Madrid, 2019.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Sílex, Madrid, 2008.
- SÁNCHEZ, Miguel, *Felipe II y la Liga de 1571 contra el Turco*, Imprenta del Indicador de los Caminos de Hierro, Madrid, 1868.
- SANS I TRAVÉ, Josep Maria (dir.), *Dietaris de la Generalitat de Catalunya. Volum II. Anys 1539 a 1578*, Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència, Barcelona, 1994.
- SERRANO, Luciano, *La Liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede (1570-1573)*, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1918.
- WILLIAMS, Phillips, *Empire and Holy War in the Mediterranean. The Galley and Maritime Conflict between the Habsburgs and Ottomans*, I. B. Tauris, Londres, 2015.
- XAVIER, Adro, *Luis de Requesens en la Europa del siglo XVI*, Vassallo de Mumbert, Madrid, 1984.